

AUTÉNTICO MÁRMOL DE CARRARA.

Pseudónimo: Trapiés.

Domingo, día quince, diez y cuarto de la mañana, Federico bajó al quiosco del barrio, compró el periódico y cuando comenzó a leerlo, empezó a sentir que se estaba convirtiendo en una estatua de piedra. Lentamente, cierto, pero lo suficiente para después del susto inicial, reflexionar sobre ello y lanzar una voz de alarma.

-¡Socorrooooo!- gritó.

-¿Qué pasa, Fede?- le preguntó el quiosquero saliendo de su puesto y mirándole de arriba a abajo, tratando de encontrar el problema de su cliente más asiduo.

Federico intentó volverse pero no pudo, claro, por el motivo de que se estaba volviendo de piedra y nadie, salvo él, todavía lo advirtiese. El quiosquero le miraba –así lo confirmó Federico por el rabillo del ojo- y no entendía por qué sudaba su cliente de aquella manera.

-Manolo, que me estoy convirtiendo en estatua.

-No jodas... ¿Y cómo lo sabes?

-Porque no puedo moverme, porque estoy rígido como una tabla. Llama a la policía... y a una ambulancia.

-¿Estás seguro, Fede?

-Por tu madre, Manolo, haz lo que te digo.

El quiosquero echó mano a su móvil y con un estúpido temblor que Federico envidió, se puso al hablar primero con emergencias, luego con su esposa para explicarle que si a su cliente no le daba un patatús le iba a dar uno a él, y finalmente, con su centro de salud para pedir cita para revisarse la tensión arterial.

Diez minutos después, Federico Martínez Carbajal era una hermosa estatua de cerca de ochenta y dos kilos, vestido con el cómodo chándal de los domingos y con la vista fijada en un diario pétreo, perfecta para ser colocada a

la entrada de una biblioteca municipal o en la sede un periódico nacional. Nada pudo hacer por él ni la policía ni los técnicos de la ambulancia, tampoco los transeúntes que se quedaron a escuchar terminar la perorata de Federico pidiendo auxilio primero y después, tras advertir la inutilidad de sus esfuerzos, consuelo y apoyo para su esposa y dos hijos que dejaba en el bloque de al lado.

-Puro mármol- dijo un operario, dos de los que llegaron horas después apartando la cinta de delimitación que había colocado la policía y golpeando su hombro con los nudillos.

-¿De Carrara?- le preguntó el compañero, un chico alto y delgado, de pocas luces, que había abandonado el oficio de camarero y que desde el principio, sintió fascinación por la superficie helada, como un cubito, de la estatua en chándal.

-Lo más seguro.

-Jolines...

-Venga, en marcha, que hay que llevárselo al depósito.

-Qué pena acabar así.

-Más pena me doy yo, que no he comido todavía y que tengo que cargar con él.

A Federico se lo llevaron a un almacén municipal. Estuvo tres días y al cuarto lo dejaron en la sede de CSIC. Allí lo rasparon, analizaron y mezclaron el polvo de mármol de su chaqueta, el periódico y la oreja derecha con diversas sustancias. Mármol de primera calidad, sentenciaron finalmente. ¿De Carrara?, se sorprendieron todavía más. Sí, claro, por supuesto, de Carrara, una auténtica maravilla. Y allí permaneció unos seis meses allí hasta que fue de nuevo trasladado a un nuevo depósito. Tuvo la enorme suerte de ser situado entre la obra titulada "Inodoro Desfallecido" a un artista alternativo que causaba en esos días furor, aunque ahora renegaba de su obra, y un ninot indultado de una falla de hace diez años que ya no interesaba a nadie.

-Has tenido suerte –le dijo Inodoro en su lenguaje de estercolero-. Este es un lugar muy tranquilo.

-Yo solo quiero volver a casa- le replicó angustiado Federico-. Con mi mujer y mis hijos.

Y estuvieron hablando largo tiempo, cada cual contándose su historia y los demás opinando sobre ella, formando una mesa coloquio a la que gustosos se unieron otros convidados de piedra. Pasadas varias semanas, no tenían nada más que contarse, por lo que tuvieron que optar finalmente por un silencio monolítico.

Una mañana, llegó otra figura. No era ni de porcelana, ni de mármol, ni de cartón, sino de hielo. Era una tarta floreada de cinco pisos que se habían olvidado entregarla en una boda, venía derriéndose por los bordes y tenía un ataque de ansiedad terrible.

-Socorro, socorro, que me ahogo- decía en un idioma inaudible para los humanos pero no para los demás.

Inodoro, intervino:

-Dirás que te derrites.

-No, imbécil, me ahogo. Y no me detendré hasta convertirme en un charco.

-Pobrecilla –dijo una urraca disecada-. Se va a morir. No hay más que verla, con lo bonita con es, con esas puntillitas de chantilly y esas cerezas más falsas de Judas.

Y la tarta de cinco pisos al escucharlo, comenzó a hiperventilar.

-Se marea... -dijo Federico viendo que algo terrible le estaba pasando a esa señorita de hielo.

-¡Peor aún: se derrite más deprisa! – gritó Inodoro tratando de apartarse como si fuera una apestada.

Lo que fue cierto. La tarta de tanto hiperventilar se derretía. Fue inútil gritarle, pedirle que se tranquilizara y recobrase el ritmo de la respiración. La agonía fue breve. El desastre terrible. Pasados cinco minutos la tarta no era más que un puñado de litros alfombrando el piso.

-Luego, cuando llegue el calor, se evaporará.

-Eso si no lo friega antes la de la limpieza.

Ahí, Federico no pudo más.

-¡No lo soporto, me voy!

-No puedes... Eres de piedra.

-¡De mármol, estúpido!- rugió y en su desesperación deslizó su pierna derecha unos milímetros.

El silencio que se proyectó en toda la sala fue colosal y fue creciendo conforme veían que Federico se deslizaba arrastrando los pies por la sala. En veinte minutos, recorrió cinco metros. En una hora, alcanzó la distancia de dieciocho metros. Para cuando llegó el atardecer, Federico había conseguido salir del edificio. Llegar a su casa, le llevó toda la noche. Lograr tocar el botón del interfono, ante la mirada asombrada de los viandantes, algo más de cuarenta y cinco minutos.

Entrar en el portal fue una odisea y lograr alcanzar el ascensor, todo un triunfo. Para cuando llegó a la puerta de su casa, sus dos hijos le ayudaron a entrar y su mujer lo colocó cerca de la terraza, junto a una maceta de coleo rizado y un hilo de rayo de sol que le iluminaba la sección de deportes de su periódico pétreo.

-Fede, por fin has llegado a casa- le dijo ella, llena de emoción, sabiendo que esa tarde a la hora del café sí que iba a tener algo interesante que contarle a las amigas..

-Sí- replicó él con voz gélida de alabastro al tiempo que trataba de pasar la siguiente página.

Fue el comienzo de una larga rehabilitación. En dos meses, pudo mover con cierta soltura los brazos. Al año, podía caminar con regularidad. Necesitó otro más para adquirir naturalidad en sus movimientos y dejar atrás la costumbre de mirar fijamente a los objetos y sobre todo a las personas que le rodeaban y que los dejaba clavados en el suelo. Ahora, un lustro después, Federico Martínez Carbajal corre maratones aunque sin hacer pódium, da charlas en los institutos y centros de sociales del país sobre superación personal y resiliencia, ha escrito dos libros ilustrados sobre su caso personal y tiene su propio programa de radio local que tiene un notable éxito. Y por supuesto, duerme todas las noches en una cama más dura que una piedra.